



Íñigo Marzábal y Carmen Arocena (eds.), *Películas para la educación. Aprender viendo cine, aprender a ver cine*, Madrid, Cátedra, 2016, 421 págs.

Es un dogma enraizado en el cometido educativo considerar la escuela como el lugar en el que un niño aprende, fundamentalmente, a leer y a escribir. De hecho, sólo cuando un individuo sea capaz de desarrollar, mal que bien, ambas prácticas, dejará de ser considerado un analfabeto. Sin embargo, la realidad, a menudo desalentadora, confirma que un porcentaje considerable de españoles, una vez finalizados sus estudios, apenas practicará la lectura –un barómetro publicado por el Centro de Investigación Sociológica (CIS) en el año 2015 asegura que una de cada tres personas apenas abre un libro– y otro porcentaje todavía mayor jamás afrontará el arte de la escritura. Habrá quién afirme, como

réplica a dicha afirmación, que la irrupción de las redes sociales –*Twitter* y *Facebook*– en el entorno cotidiano de las nuevas generaciones permitirá remediar la abulia leedora y redactora de nuestro país; argumento que, sin entrar a valorar la generosidad que implica equiparar una conversación por *WhatsApp* con la lectura de un clásico literario, no resulta del todo inconsistente, como tampoco es menos cierto que, además de las ya citadas, otras muchas aplicaciones –*Instagram*, *Pinterest*, *Tumblr*, *Snapchat*– sitúan a la imagen en el centro del proceso comunicativo. En efecto, la cantidad de imágenes que, en la actualidad, un adolescente consume en un solo día supera en una amplia proporción al consumo de texto escrito, y no parece que la tendencia se vaya a invertir a corto y medio plazo. Siendo así, está más que justificado la progresiva inclusión, en los últimos años, de la narrativa audiovisual en el proceso de aprendizaje, ya sea como herramienta pedagógica, ya como materia didáctica.

En el marco de esta realidad se inserta la obra *Películas para la educación. Aprender viendo cine, aprender a ver cine*, un manual editado por Cátedra en el que colaboran profesores e investigadores de la Facultad de Ciencias Sociales y de la Comunicación de la Universidad del País Vasco (UPV/EHU), todos ellos expertos en el análisis filmico con un laudable *curriculum*. Como bien anticipa la introducción, este volumen pretende ofrecer a formadores, docentes y padres un manual acorde con los desarrollos curriculares previstos en educación secundaria obligatoria, bachillerato, formación profesional básica y Universidad. Este planteamiento se fundamenta sobre tres pilares fundamentales: el protagonista es el alumno, el recurso educativo es el cine y el objetivo es la reflexión.

La guía se divide en siete grandes apartados que, a su vez, se subdividen en tres ejes temáticos para los cuales se echan mano de dos películas, lo que hace un total de 42 filmes analizados: las relaciones personales (amor, amistad, sexo), la socialización (familia, educación, comunicación y redes), la moral (norma, justicia, felicidad), los derechos humanos (libertad, igualdad/discriminación y solidaridad), la política (poder/corrupción,

guerra y totalitarismo), la vida biológica (principio de la vida/aborto, enfermedad, ecología/tecnología), y la posmodernidad (violencia, alteridad/multiculturalidad y comunismo, narcisismo y otras adicciones). La lista desvela de inmediato la honda presencia de los ejes temáticos que trata el libro.

Cada tema, como hemos dicho, se aborda desde el análisis complementario de dos películas –la complementariedad entre ambos filmes es uno de los criterios de selección de los mismos– que desarrollan sus planteamientos desde puntos de vista distintos. Por lo tanto, para un mismo tema los autores nos ofrecen, en primer lugar, un prólogo con la definición del mismo, los objetivos y competencias de la unidad, las películas propuestas y una relación de otras películas que no son analizadas, pero que se ofrecen como posibilidades para profundizar en la cuestión. A continuación, el estudio de cada película viene estructurado en la ficha técnica, una breve sinopsis, la contextualización de obra y autor, y el análisis, focalizado siempre desde la óptica del tema que se pretende desarrollar. Con una extensión de apenas cuatro páginas y acompañado de fotogramas ilustrativos, el análisis supone el verdadero valor añadido del libro. La calidad de los textos analíticos, su capacidad para hacer aflorar los rasgos más reveladores del mensaje que palpita más allá de una mirada convencional, sitúa a esta obra en una esfera muy superior a la gran cantidad de volúmenes publicados bajo el mantra “el cine en la educación”. Gracias a estos análisis, desplegados siempre con claridad, el filme ya no es una simple excusa para entablar un debate acerca de un tema concreto como acontecía en el célebre y añorado programa televisivo de *La clave*, sino que es el recurso que concibe, desarrolla y, sobre todo, *acerca* –apelando a los conceptos de Aprendizaje Significativo de David Ausubel y Zona de Desarrollo Próximo de Lev Vygotski– el concepto a los estudiantes. Tras el análisis, un último apartado ofrece una serie de actividades para el alumno, acompañado de una guía para el profesorado, en las que se formulan preguntas abiertas que permitan entablar un debate sobre las cuestiones planteadas en la película, y otras que tienen que ver con cuestiones más

específicamente cinematográficas, lo cual redundará en el aprendizaje suplementario de este proyecto: el aprendizaje visual.

Con esta estructura y este desarrollo se consigue un discurso que incide en las tres vertientes de los contenidos didácticos: cognitivos, procedimentales y actitudinales. Conocer algunas nociones relacionadas con el análisis filmico y fijar conceptos alrededor de los temas de debate forman parte de la primera vertiente (cognitiva); desenvolver la capacidad reflexiva y discursiva, así como iniciarse en el análisis cinematográfico remiten a la segunda de las vertientes (procedimentales); y, por último, el desarrollo de una personalidad solidaria, respetuosa, tolerante y democrática, y potenciar el aprecio hacia una manifestación artística como el cine hacen referencia a la tercera y última vertiente (actitudinales).

Como vemos en el desglose de los contenidos presentados la conjunción de cine y valores es absoluta. No olvidemos que el adolescente actual, además de un abrumado consumidor, es también un productor y creador de imágenes gracias a las herramientas de las que dispone, esencialmente el móvil. Posee la herramienta, pero no así la destreza para desenvolverse, ni, lo que es peor, la responsabilidad que implica la grabación y la difusión de ciertas imágenes. Precisamente, esta cuestión es abordada por una de las películas elegidas para deliberar en torno al concepto de libertad, *Nightcrawler* de Dan Gilroy. El protagonista, Lou, es un joven sin escrúpulos que se dedica a grabar imágenes impactantes para luego venderlas a una cadena televisiva. Su ambición le lleva a modificar los escenarios de los crímenes y a provocar accidentes para conseguir grabaciones que le deparen importantes sumas de dinero. Lou consigue su cámara por 800 dólares tras robar una bicicleta y se lanza al mundo audiovisual sin formación ni ética. En la actualidad, la disponibilidad de la tecnología audiovisual ha aumentado gracias a su abaratamiento, lo que exige un proceso de educación (cognitiva, procedimental y actitudinal) que beneficie un uso ético y estético.

El volumen viene a ser un ofrecimiento a la educación en valores, es decir, a la forja de un ser humano integral. Si las disciplinas tradicionales cimentan la

base intelectual del individuo, la educación en valores impulsa su desarrollo emocional, para lo cual se hace imprescindible el relato. Un fenómeno físico o matemático puede ser explicado por una fórmula, en cambio, una emoción sólo puede ser descifrada a través de una historia, de un “es cuando...”. Toda emoción humana

necesita una narración para ser comprendida, tradicionalmente una narración literaria, en los últimos tiempos, también una narración cinematográfica.

Héctor Paz Otero,
Universidade de Santiago de Compostela